

Suena a obviedad decir que la vida de Sergio Pitól es una vida de creación ritmada por los viajes y su pasión por la ópera. Esta pasión se trasluce en su obra: amén de varios títulos que remiten a la música (*El tañido de una flauta*, *Vals de Mefisto*, *El arte de la fuga*, etc.), la ópera está omnipresente en las conversaciones y en las preocupaciones estéticas de sus personajes. Como en ese sueño de *El arte de la fuga*, en el gran banquete que es la obra de Pitól, “los comensales hablan de ópera, de intérpretes, de directores de orquesta, de funciones memorables por su esplendor o por su desastre, de *Turandot*, de *El caballero de la rosa*, de *Tosca* y de *Così fan tutte*”. Es que la ópera, con sus éxitos clamorosos y sus sonados fracasos, es como la vida misma, desesperada o exaltada, aunando siempre lo vergonzoso con lo soberbio, lo trivial con lo sublime.

Es más: si Sergio Pitól fuera compositor de ópera (y, a su manera, claro que lo es), diríamos que pasa de *El tañido de una flauta* al *Tríptico del carnaval*, de la *opera seria* a la *opera buffa*, siendo tal vez el punto de equilibrio ese *dramma giocoso* que es *El desfile del amor*. Hablando de esta novela, no en vano confiesa Pitól esta doble inspiración entre ópera y cine musical hollywoodense: “Me parece que lo que imprime alguna vida a la novela [...] son ciertos efectos del cine americano de los años treinta y cuarenta, en especial de Lubitsch, [...] así como ciertos recursos de la ópera en la creación de los escenarios; también es operística la relación entre el movimiento y el agrupamiento de los personajes (solos, duetos, cuartetos, con o sin coros, etc.)”. Y, de hecho, aparecen en la novela dos cantantes de ópera; una auténtica, Anette Waltzer, la hermana de Adele: “Una voz maravillosa [...] sobre todo genial

PASIÓN por la ópera*

Karim Benmiloud

No cabe duda de que casi todos los *dramatis personae* de su obra narrativa (sea larga o breve) no solo son actores de teatro, sino también cantantes en ciernes, o auténticos divos y divas, los mismos que cantan y bailan para el júbilo del público.

en el repertorio mozartiano. ¡Una Doña Elvira prodigiosa! [...] Especializada en Mozart, pero también atenta a las formas musicales más nuevas”. Y uno falso, el aborrecible castrado mexicano que aspira a lo sublime antes de recaer en el fango: “Y [la baronesa] se empeñaba en que su hallazgo se convirtiera en un abrir y cerrar de ojos en Norma, en la Sonámbula, en Rosina; en transformar aquel trozo de burda arcilla en la maravillosa Po-pea de Monteverdi”.

Por lo tanto, no cabe duda de que casi todos los *dramatis personae* de su obra narrativa (sea larga o breve) no solo son actores de teatro, sino también cantantes en ciernes, o auténticos divos y divas, los mismos que cantan y bailan para el júbilo del público. Y detrás de sus máscaras narrativas, los personajes de Pitól esconden a Don Giovanni y Cherubino, al conde

Almaviva, a Pamina y a Papageno, a Violeta, a Aída, a Tosca, a los artistas hambrientos de *La Bohemia*, a Billy Budd, a Lulu y a tantos más.

Pero, para Sergio Pitól, la pasión por la ópera no es torremarfilismo ni refugio en “el arte por el arte”, sino todo lo contrario. En cada fragmento donde aparece, la ópera es –como siempre debería ser– armonía y bullicio, mesura y exceso, concordia y discordia, aristocracia y pueblo, amor y odio, razón y locura, crimen y castigo, arte y política, vida y muerte. La ópera es una brújula y un *mod(él)lo de vida*. Escribe Pitól en *El viaje*: “Con Kyrim, como con todos los amigos rusos, discutía hasta las madrugadas sobre cine, literatura, ópera, gente y, desde luego, política”. Parafraseando a Pitól: la ópera está en todo. Todo está en la ópera.

La ópera es también un crisol ejemplar del cosmopolitismo que



Sergio Pitó. Foto: Alberto Tovalín.

ha buscado Pitó en toda su vida, a todo lo largo y ancho del mundo. No solo en cuanto a ciudades y escenarios (Bellas Artes, Covent Garden, La Fenice, Salzburgo, el teatro Maly de San Petersburgo, el teatro de ópera de cámara de Moscú), sino también en términos de repertorio operístico –Mozart, Wagner, Janáček, Debussy, Strauss, Stravinski, Berg, Shostakovich, Liebermann, la Ópera de Pekín, etc.–, donde las obras más conocidas coexisten con las más improbables, y las

–hoy– más canónicas, con las más heterodoxas, disidentes y auténticamente revolucionarias... “Y entonces se refirió a la ópera como ejemplo de la aspiración del hombre a crear una forma absoluta, la forma absoluta donde el artificio lo es todo” (*Asimetría**). **LPyH**

* Texto de sala para la exposición Sergio Pitó y la ópera. Los territorios del viajero, curaduría de Alfonso Colorado y museografía de Fernán González, presentada en

la usbi-Xalapa (14 a 28 de agosto de 2014) como parte del ciclo Sergio Pitó y las artes escénicas: teatro, música, danza realizado del 6 al 28 de agosto de 2014.

Karim Benmiloud es profesor de Literatura Latinoamericana en la Université Paul-Valéry Montpellier III. Es autor de *Sergio Pitó ou le carnaval des vanités* (2012) y editor, junto con Raphaël Estève, de *El planeta Pitó* (2012).